

## EMILIO LLEDÓ

### *Conferencia inaugural: El lenguaje de la identidad*

**José Manuel Caballero Bonald:** Buenos días. Unas palabras muy breves para dar la bienvenida a Emilio Lledó, y para esbozar un recordatorio, también breve, de su biografía. Hace ya muchos años, exactamente en 1951, en aquel difícil tramo de la dictadura, compartí con él algunas incipientes iniciaciones literarias y humanas. Él vivía entonces en el “Colegio Mayor Guadalupe” –aunque luego se mudó a otro colegio, el “Cisneros”-, donde también residí yo irregularmente recién llegado a Madrid.

En aquel colegio mayor coincidieron, por esas casualidades históricas, no pocos poetas y escritores que entonces iniciaban su noviciado literario y que llegarían a ser figuras muy relevantes en sus respectivos países -me refiero a los latinoamericanos Ernesto Cardenal, Jorge Gaitán, Carlos Martínez Ribas, Ernesto Mejía, Eduardo Cote...-. Entre los españoles, estaban José Agustín y Juan Goytisolo, José Ángel Valente, Emilio Lledó, José María Valverde y algún otro.

Lledó ya gozaba entonces, quiero recordar, de una cierta aureola de sabio, de aprendiz de filósofo capaz de ofrecernos sus primeras lecciones éticas y de instruirnos en una asignatura llamada “conducta civil”. Lledó se licenció en Filosofía en Madrid en 1952 y se doctoró en 1956, pero pronto se trasladó a Alemania, donde completó su formación en la Universidad de Heidelberg, de la que fue lector de español. A su regreso, obtuvo la Cátedra de Historia de los Sistemas Filosóficos de la Universidad de La Laguna; luego profesó en Barcelona y en la UNED. En 1988 fue nombrado miembro vitalicio del Instituto de Estudios Avanzados de Berlín, donde residió algún tiempo y donde recibió el importante Premio Humboldt, otorgado por el gobierno alemán. Ha obtenido también el Premio Nacional de Ensayo, el Premio Internacional Menéndez Pelayo y, hace sólo unos días, el Premio Lázaro Carreter. En la actualidad es Académico Bibliotecario de la R.A.E.

Entre sus libros, destacan *El silencio de la escritura* (muy significativo título), *Memoria de la ética*, *Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, *El epicureísmo* y *Elogio de la infelicidad*, publicado en 2005 y donde se reúnen nueve admirables textos apoyados en lecturas singulares de poetas y filósofos latinos sobre la experiencia de la libertad y la interiorización de los infortunios que ha deparado la

Historia a la dignidad humana. Si hago hincapié en este libro es porque tengo su lectura muy reciente y ha sido para mí memorable.

A Emilio Lledó le corresponde, desde hace tiempo, el noble título de maestro. Un título que personalmente reiteré, sobre todo a partir del prólogo que escribió hace un cuarto de siglo, más o menos, para *Final de un adiós*, un libro de poesía de José Agustín Goytisolo. El prólogo se titulaba “El territorio de la poesía”, y es uno de los textos que más me han enseñado sobre el lenguaje y la articulación entre la experiencia vivida y la palabra poética. El lenguaje ha sido sin duda, junto a la interpretación de los grandes textos filosóficos, una de las principales vertientes reflexivas de la obra de Lledó. En efecto, el lenguaje, en tanto que elemento esencial del pensamiento, ha sido el eje de una obra de investigación que no ha hecho sino crecer con los años. Se ha vuelto más extensa, pero también consecutivamente más profunda, más humana. Y algo especialmente atractivo: el ideario filosófico de Lledó ha sido siempre divulgado a través de una prosa magnífica, literariamente espléndida, proporcionando así también al lector el valor adicional del texto. Escribió Lledó, en algún momento, que la lectura es el más asombroso principio de libertad y fraternidad. Su obra, aparte de la lección ética, es también un ejemplo en ese sentido. Leerla supone a la vez un enriquecimiento humanístico y un placer literario. Gracias, Emilio, por estar aquí.

**Emilio Lledó:** Yo te aplaudo, porque no soy yo ése que has descrito. Qué más quisiera uno que ser lo que los amigos –y más una persona como José Manuel Caballero- dicen de uno. Sólo tengo que objetar algo importante en tu presentación, una pequeña laguna. Es hermosísimo todo lo que has dicho, pero quiero destacar que yo soy también Catedrático de Instituto. Y eso es muy importante. Yo volví de Heidelberg tras diez años allí. Había hecho oposiciones a Instituto, estaba excedente, mi mujer había opositado a cátedras de Alemán, y conseguimos juntar nuestros dos pequeños puestos de funcionario en institutos de Valladolid: el “Núñez de Arce” y el “Zorrilla”, respectivamente. Yo os confieso que estoy muy orgulloso de esos tres inolvidables años a orillas del Pisuerga, aunque es verdad que al principio el cambio de orilla, del Neckar al Pisuerga, tanto para mi niño (el mayor) como para Montse fue un poco duro.

Aunque José Manuel ha hecho algunas alabanzas sobre mi libro *Elogio de la infelicidad*, yo creo más en el elogio que en la infelicidad. Mejor dicho, yo creo que hay

que ser siempre optimista. El pesimismo es una enfermedad. Y si unís el pesimismo a la ignorancia y a la actividad, tendréis a un fascista. Y eso es algo que hay que evitar. Hay que ser optimista. Por mucho que la vida nos machaque –yo tengo experiencias muy duras-, hay que creer siempre, no sólo en el futuro, que es una frase hecha y un poco rehecha, sino que hay que creer en la vida, en que la vida es energía y alegría. A pesar de todo, a pesar de la violencia.

Y os voy a decir, queridas amigas y queridos amigos, que los puntos suspensivos (los que aparecen en el título del congreso) soy yo. Me resistía a intervenir, porque yo no sé nada de periodismo, no sé nada de literatura. Para que no se diga que juego a la falsa modestia, podría decir –lo digo- que soy un gran lector, y que el periodismo como latido del tiempo es enormemente importante para mi vida. Lo que pasa es que me resistí a intervenir en este congreso –y se lo dije a José Manuel- porque ¿qué podía aportar? Pues voy a intentar aportar algo y, puesto que yo soy los puntos suspensivos, voy a intentar unir las dos cosas, periodismo y literatura.

Os confieso que he tenido una tentación terrible, y es por este espacio en el que estamos. Acabo de aprender que estamos en el Museo del Tiempo. O sea, uno de los temas que a mí más me han interesado en mi historia personal. No como filósofo, porque al pronunciar eso de *filósofo* a mí me corre frío por la columna vertebral. ¿Qué es eso de filósofo? Yo soy un profesor de Filosofía, de Historia de la Filosofía, que igual podía haber enseñado Historia del Arte o de la Literatura. Lo que pasa es que lo que dijeron los verdaderos, los grandes filósofos, te engancha. Porque son puntos suspensivos también, que tienen que ver con la esencia de la vida humana, con el lenguaje. Porque somos *exclusivamente* lenguaje. Lenguaje y tiempo. Hay aquí un Museo del Tiempo, que es una contradicción en sus propios términos porque el tiempo fluye. Lo que José Manuel o yo acabamos de decir ya se ha ido. A lo mejor se recoge en unas actas, pero eso es otra cosa: el encasillamiento en una latita que después se te va a devolver no tiene nada que ver con este latido concreto del corazón humano. Y aquí “latido” no es metáfora: somos latidos, somos tiempo, estamos atravesados por la flecha del tiempo, que decía el poeta.

Pues bien, en este congreso yo no tenía nada que decir pero, como me habéis apoyado con los puntos suspensivos, allá voy. Porque la literatura y el periodismo son dos formas de lenguaje. Quizá hay una forma que late con el instante. Hemeroteca, se le

llama a donde se conservan los periódicos, porque *ημέρα* en griego es el día, y como veremos, si me da tiempo, somos *επαμεροί*, efímeros hijos del tiempo, a caballo de los días. *επι ημέρα* significa *sobre los días*. La primera palabra de una de las odas más hermosas de Píndaro, la *Pítica Octava*, da una definición de los seres humanos que a mí me sobrecoge, como me sobrecoge la de Aristóteles. Por cierto, y no es por deformación profesional porque yo sea filólogo clásico: leed a los clásicos; están más vivos que muchos modernos, de verdad que leerlos es un diálogo, un estímulo continuo. Está, por ejemplo, aquel hombre que inventó la metafísica y que no sabía que lo hacía, y que dijo que todos los hombres por naturaleza tienden, no a saber (como se mal traduce *ειδεν* en griego), sino a ver, a mirar. Todos tendemos a mirar; todos somos, pues, filósofos. Y ese mismo hombre maravilloso, hijo de médico, que se llamaba Aristóteles, dijo que los seres humanos realmente somos humanos por una cosa: porque movemos la lengua y emitimos un *aire semántico*. Y lo digo en griego, ahora que no se llevan las lenguas clásicas, porque se entiende muy bien: *φωνή σημαντική*. Emitimos un aire semántico, un aire significativo. Y eso, exclusivamente, es lo que nos hace seres humanos: que hablamos, que nos comunicamos, que emitimos unos fonemas que son un aire, pues sale de mis pulmones, y no es metáfora. Pero no sé qué cosa pasa en mi lengua que articula unos sonidos que son *σημαντικοί*, que tienen sentido.

Pues al lado de esta maravillosa, insuperable e insuperada definición, pongo un paréntesis: hace unos meses oí a un político decir que no estará feliz hasta que cada niño no tenga un ordenador delante de sus ojos, en su mesa de trabajo. Ése, el mundo de los ordenadores, de Internet, etc., es nuestro mundo, nos guste o nos disguste. Es un instrumento, sin duda. Y, sin embargo, creo que es un error pensar que los niños se van a hacer mejores, más inteligentes, más vivos, o que van a enriquecer su sensibilidad mirando la pantalla fría -fría físicamente, aunque el fuego de una hoguera esté representándose en ella-. Es un error garrafal. ¿Qué duda cabe que hay que estar con los medios y que hay que utilizarlos? Pero uno aprende con la lectura, con las palabras, con el lenguaje.

Esto lo he contado alguna vez y no puedo por menos -ya que hay aquí muchos profesores- que evocar lo de nuevo porque es algo que no olvidaré jamás. Yo soy un niño de la Guerra Civil; tenía ocho o nueve años por entonces, y el maestro de la República en un pueblecito cerca de Madrid, donde mi padre era militar en el Regimiento de Artillería de Vicálvaro, aquel maravilloso maestro, mi verdadero

maestro, mi gran maestro, nos hacía leer un par de veces en semana una página de *El Quijote* y luego nos decía (a niños de ocho o nueve años): “Y ahora, sugerencias de la lectura”. Imaginaos a niños de esa edad mojando el lápiz (había entonces lápices de tinta que dejaban la boca toda morada) y escribiendo sugerencias de la lectura de *El Quijote*. Nunca, ni en el Instituto, ni en la Universidad Española después, me dijo nadie algo parecido (todo era aprender apuntes, exámenes en junio, en septiembre, en abril...): “sugerencias de la lectura”. Y eso es lo que crea, esa posibilidad de evocar es el principio de la creación, el principio de la creatividad, el principio de la vida.

Pues bien, el otro, el genial poeta Píndaro, había escrito en la *Pítica Octava*, en el verso 95, si no me equivoco (y permitidme también que tenga la pedantería de decirlo en griego, que aunque ahora no se lleva suena tan bonito...), dice: *επαμεροι τι δε τις; / τι δ' ου τις; σκιας οναρ / ανθρωπος*. Fíjense: *επαμεροι* (efímeros), la primera palabra que describe lo que es el ser humano. En el griego de Píndaro se dice *επαμεροι* (*επι ημερα*, a caballo de los días, sobre los días), y de ahí viene el *efémeros* del griego posterior y de ahí viene nuestro castellano *efímero* (“seres de un día”). Y luego dice esa cosa misteriosa, de una riqueza filosófica enorme: *τι δε τις; τι δ' ου τις*, quién es uno, quién no es uno (esto es, somos uno pero tenemos que tener un quién). Y después viene ese latigazo de definición genial que habréis oído muchas veces: “sueño de una sombra, el hombre” (*σκιας οναρ / ανθρωπος*). O sea, que estamos a caballo en ese mundo de inestabilidad e inseguridad. Y es el lenguaje, la palabra, la literatura.

Yo creo que deberíamos estar dando gracias todos los días a esos seres que nos han enriquecido la monótona, trivial, pesada, tonta soledad de nuestro propio ego, hablando siempre de nuestros propios problemas, y nos han abierto el mundo de nuestra imaginación, el mundo de la literatura. Nuestra vida sería distinta, y triste, si no fuéramos capaces de leer, de dialogar con Pepe Caballero Bonald, o de dialogar con Cervantes, o con Galdós, o con Píndaro, o con Platón, o con Nietzsche. ¡Qué tristeza, qué soledad si no pudiéramos romper alguna vez, de alguna manera, en algún momento de nuestra vida, ese monólogo que somos y transformarlo en diálogo! Porque ellos son “museo del tiempo”. Ahí, en la literatura, en la escritura, en la palabra, está posado, aglutinado, cuajado, coagulado el tiempo. Y cada vez que unos ojos -pero los ojos físicos, los ojos reales, los ojos de mi cuerpo (porque fundamental y esencialmente somos cuerpo)- se posan sobre esas páginas, que tienen un tiempo museado, o

museístico, o museico (también de musa), yo pongo también mi tiempo, “los latidos concretos de mi corazón”. En el momento en que mis ojos y mi tiempo se posan sobre esa página silenciosa, fría, que está esperándome en la estantería de la biblioteca, es decir, sobre el tiempo pasado de la literatura, eso vive, me renueva, me reconforta, me enseña, me orienta, me alimenta, me da posibilidad.

Porque la vida no es sólo realidad, sino también posibilidad. Vivimos, tenemos que vivir en el mundo de la posibilidad. Y el concepto que hace pareja con esa posibilidad es la libertad. Tenemos que tener libertad, que es una palabra tan utilizada que se ha deteriorado, se ha satinado, se ha vuelto escurridiza. ¿Qué quiere decir “libertad”?, se tendrían que preguntar los filósofos. Libertad es posibilidad: que la mente, que las neuronas, lo que físicamente está en nuestro cerebro, fluyan. Porque, de lo contrario, se pueden agrupar, y ese grumo tiene algo de pegajoso y viscoso que nos convierte en fanáticos, en seres irracionales y agresivos. El fanático no puede utilizar el logos, no puede hablar ni tiene posibilidad de diálogo; no tiene más defensa que la agresividad. Es una de las enfermedades de nuestro tiempo: la agresión del ignorante, del demente (en el sentido etimológico de la palabra, “el privado de mente”).

La libertad es libertad mental, libertad de poder pensar. Por eso a mí no me preocupa tanto lo de la libertad de expresión. Qué duda cabe que hay que tenerla, pero si somos unos imbéciles y lo que expresamos no son más que imbecilidades, ¿para qué la queremos? Lo que hay que tener es libertad de pensar, posibilidad de pensar, capacidad para pensar. Eso es lo que tenemos que fomentar, y se fomenta con la enseñanza viva del profesor y con la enseñanza vivísima y parada de los libros. Eso es lo que nos crea, nos da posibilidad, nos da libertad. Libertad no sólo como esa hermosa palabra sobre la que tanto y tan maravillosamente han reflexionado los filósofos, sino como una libertad mucho más modesta: cultivar la libertad de la mente.

En estos años se habla mucho de corrupción (por desgracia, porque esa es una patología social monstruosa y preocupante). Pero a mí me preocupa todavía más la corrupción de la mente, el que no podamos pensar. Es como si a uno, de niño, le hubieran operado un brazo, le hubieran quitado un tendón y siempre hubiera estado con el brazo inmóvil. Llega un día en el que quiere utilizarlo y no sabe que no puede hacerlo porque le quitaron aquella posibilidad, que era su tendón. Nos pueden quitar los tendones –valga la expresión, y si hay algún médico aquí que me perdone- del cerebro,

la posibilidad de mover el cerebro, de hacer fluir las neuronas. Por eso debemos que evitar la corrupción más grande de todas: la de la cabeza, de la mente, de las neuronas.

Y quería hablaros de identidad, precisamente porque se habla tanto de ella -y es lo que nos construye como periodistas, escritores o profesores-, de cómo surge y qué es eso de la identidad. La necesita el periodista, por supuesto: si no, es un *quien* (que dice Píndaro); si es un *τι ου τις*, si es un *nadie*, ¿qué nos puede decir?, ¿qué nos puede escribir, qué nos puede comunicar un *nadie*, un –qué bonita es la expresión castellana- don nadie? Nuestra vida desgraciadamente está llena de *donnadies*, que muchas veces tienen poder, posibilidad de actuar, de hacer.

Pues bien, en el problema del periodismo y de la literatura yo creo que hay que pensar antes en qué construye la identidad de quien habla, la identidad del periodista, del escritor, del historiador, del profesor. Si no, como decía hace un momento, tampoco necesitaríamos libertad de expresión. ¿Para qué? La libertad se construye. Y se construye sobre todo (esa es una de mis obsesiones desde hace ya muchos años) en la escuela, en el instituto y en la universidad también. Me repugna –a cierta edad uno tiene derecho a decirlo- la propaganda de algunas universidades privadas, que dicen “meta usted al niño en esta universidad, que saldrá colocado”. Esto yo lo he oído, lo he leído. En 1810 fue creada la Universidad de Berlín por ese aristócrata genial que se llamaba Guillermo de Humboldt, hermano de otro aristócrata (¡qué aristocracia, eh!) llamado Alejandro de Humboldt, que no tenía ni 40 años cuando se lanzó a la aventura de describir la fauna y la flora americana. Yo he visto el Palacio de Tegel que tienen en Berlín los Humboldt y pensé: qué genial dejar todo esto para irse a la selva americana, qué pasión, qué deseos de mirar el mundo, de aprender... Porque todo entra por nuestros ojos. Pues bien, Guillermo, su hermano, fue ministro prusiano, estuvo en la política activa también. La política es, por cierto –y aunque ahora se la critica-, una hermosísima empresa, aunque a veces está un poco deteriorada. Pero el trabajar por los otros, el volcarse hacia los otros era una concepción tan importante de la política que en *La República* de Platón, y también en *La Política* aristotélica, se plantea el problema tan hermoso de si pueden ser felices los políticos, porque su vida es dar y darse a los demás y no pueden tener nada. No pueden ser felices, porque la palabra *eudaimonía* (*εὐδαιμονία*) era, en principio, poseer cosas: tener ánforas para el vino y el agua, tener aceite para el futuro, tener vestidos. Porque era dura la vida en Grecia en el siglo V o en el siglo IV, cuando inventaron esa hermosa palabra: *eudaimonía*, felicidad. Era un dios,

un diosecillo que te había mirado y te había dado dones. Y había quien debía de pensar: ¿y por qué a ese tanto y a nosotros tan poco? La *eudaimonía* era tener más que los demás, asegurar el futuro, asegurar el tiempo, asegurar la vida. Pero hay un momento a lo largo de la cultura griega en que se nos da también esta maravillosa enseñanza: tener más no es bastante; hay que ser más. Y empieza a surgir una riqueza interior, la posibilidad de tener cosas interiores que no se plasman en lo que agarran tus manos, sino en lo que piensas y en lo que alimenta tu mente.

El lenguaje es el mejor fruto de esa posibilidad, de esa libertad de los seres humanos. “Habla y sabré quién eres”, y eso es lo que constituye la esencia de nuestra ideología. Yo pienso muchas veces: ¿por qué pensamos lo que pensamos?, ¿por qué tenemos la ideología que tenemos?, ¿cómo se nos ha hecho esa ideología?, ¿de qué se ha alimentado, de qué se ha nutrido esa manera de ser? Porque nacemos, como sabéis, en una lengua materna, y eso es un puro azar. Igual que nacemos en un pueblo. Yo no sé por qué se puede estar orgulloso de tener una identidad con un pueblo, si eso es un azar. Puede ser hermoso, puede ser una suerte -nosotros, a pesar de todo, viendo los problemas de la inmigración ahora, podemos decir que hemos tenido suerte-, y a lo mejor no nos la merecemos. Así que hemos nacido, por azar, en una lengua materna. Yo hablo castellano como lengua materna no sé por qué. Podría hablar chino, catalán, vasco, una lengua americana, azteca por ejemplo, pero yo no soy responsable de eso. De lo único que soy responsable es de lo que haga con esa lengua. Y eso me atrevería a llamarlo *lengua matriz*. Nacemos por azar en una lengua materna, pero nos construimos, somos responsables, nos debemos a esa lengua que hemos construido y que constituye nuestra ideología y nuestra vida, que constituye nuestro ser. Lo que realmente importa es la lengua matriz, la lengua engendradora, creadora, que refleja lo que cada uno lleva dentro. Por eso, en este mundo de hoy, donde, en mi opinión, la palabra identidad se falsea, se utiliza, se modifica, yo no creo más que en una identidad: la identidad en la democracia. Y la identidad en la democracia quiere decir identidad en la cultura, identidad en la libertad, identidad en la justicia, identidad en la piedad, identidad en la solidaridad, identidad en la verdad, identidad en la belleza. Esa es la verdadera identidad de los seres humanos. Lo demás es, en el peor sentido de la palabra, mala literatura. Esa es mi opinión.

Naturalmente, cuando yo voy a Salteras, a 12 kilómetros de Sevilla, y veo el patio de la casa de mi madrina, hay algo –lo confieso– que me sobrecoge. Y cuando en

el frío del invierno de Berlín, enciendo la radio y escucho un fandango de “El Chocolate”, me emociono. No sé si lo sabe Pepe, pero a mí me encanta el flamenco, aunque entiendo poco; y eso que he vivido desde los cuatro años en Madrid, Heidelberg, Berlín, La Laguna, Barcelona, Valladolid, Calatayud, como los viejos funcionarios de entonces, cuando no había endogamia... Pero no quiero tocar ese tema, porque me dijeron que tenía 40 minutos y estoy en la primera página...

En fin, el lenguaje –el de la literatura y el del periodismo- tiene que ver con la identidad de quien lo utiliza, con el quién de quien lo utiliza, con qué dice quien lo utiliza. Pero, al mismo tiempo, con la verdad de quien habla. Esas son las dos perspectivas: la identidad de quien lo utiliza y la realidad, la verdad de lo que habla. Y en este sentido, por hermosa deformación profesional, esto me evoca un pasaje del *Teeteto* platónico (del 152a), en el que, citando a Protágoras dice: “el hombre (el *anthropos*, que aunque suene machista era un término genérico, el ser humano) es la medida de todas las cosas; de las que son en cuanto son y de las que no son, en cuanto no son”. Es el *μέτρον πάντων ἄνθρωπος*. Y hemos pasado muchas veces por esto de que el hombre es la medida de todas las cosas, el *homo mensura* en su transcripción latina, pero la pregunta que hay que hacer sobre esta frase tan hermosa es: ¿quién mide en nosotros?, ¿quién habla en nosotros?, ¿quién establece los criterios de la medida de todas las cosas, y de qué cosas? Porque podemos transformarlas, desfigurarlas, aniquilarlas si son, en realidad, algo medible, o si lo que medimos es la nada, el vacío, la no existencia, el no ser: medimos de las que son en cuanto que son; y de las que no son en cuanto que no son. Luego el texto continúa diciendo: “la verdad es lo que a mí me parece que es verdad” -y ese es un tema obsesivo y hermosísimo de toda la filosofía griega- “y el bien es lo que a mí me parece que es bien”. Y Aristóteles, posteriormente a Platón pero siguiendo el mismo hilo, dice que no existe un bien sino el *το φαινόμενον αγαθόν*, el bien que se me presenta, que se me aparece: la apariencia del bien. *φαινεσ* significa en griego aparecer, iluminarse, verse de pronto. Y el *αγαθόν* no existe: no hay un bien, no hay una belleza, no hay una verdad ideal; hay que buscarla. Y ven conmigo a buscarla; la tuya, guárdatela. El bien -la verdad, la justicia- no está ahí fuera, es un camino, un proceso, un diálogo. Y por eso es gracioso que, en un momento de humor, de ironía, el mismo texto platónico diga poco después, en 161c del *Teeteto*, que podríamos decir que la medida de todas las cosas es el cerdo, o el *κννοκέφαλος* o

cabeza de perro, o algo absolutamente disparatado. Eso sería también la parodia del fanatismo, la parodia de la irracionalidad.

La vida, pues, es un mundo de palabras. La vida es lo que hablamos; y somos nuestro lenguaje, porque todos los seres humanos tenemos más o menos los mismos pulmones, el mismo estómago, las mismas piernas, los mismos ojos. Y ésa es nuestra identidad, que los seres humanos somos idénticos. Los orientales podrán tener los ojos más acá o más allá, pero tienen dos ojos y reciben el impacto de la luz exactamente igual que nosotros. Por lo tanto, lo que nos distingue y lo que, sin embargo, también nos une es ese mundo de las palabras, del lenguaje que libremente, matizmente, matricialmente, somos capaces de construir, en esa herencia maravillosa del lenguaje en el que hemos nacido. Somos lo que hablamos. Somos, esencialmente, memoria y lenguaje. No quiero entrar en polémicas ahora, aunque merecería la pena. Tengo un hijo neurólogo, especialista en Alzheimer, y la enfermedad más terrible es no saber quién eres realmente, haber perdido la memoria. No podemos perder la memoria: la esencia de la vida es recordar. Yo tengo una cicatriz que me hice de niño en una pedrea en Vicálvaro, y está todavía aquí. Mi piel tiene memoria, mi carne tiene memoria. Todavía toco la cicatriz. Por favor, no hagáis caso a esas campañas del olvido. ¡Si el olvido es la muerte! Hay que revivir, hay que estar siempre vivo. Y estar vivo es estar siempre recordando.

Somos, pues, como lenguaje para la literatura y para el periodismo. Lo que pasa es que el periodismo late con el *επαμεροι*, con el día a día, y la literatura late con el tiempo más lento. El periodismo late con el tiempo inmediato, del día (en principio), y la literatura late con el tiempo mediado por nuestra imaginación, por nuestra mente, por nuestra memoria, por nuestra experiencia de lo que hemos sido. Somos, por tanto, memoria, somos *ερμηνεια*, hermenéutica, interpretación. Estamos continuamente interpretando. Y no hace falta ser filósofo, ni hermeneuta, ni esas cosas que se dicen ahora: somos intérpretes. En el nivel que sea; no me refiero a algo más alto o más bajo. En el momento que sea, estamos siempre ejerciendo esa función desde nuestro lenguaje, desde el lenguaje que somos.

Y somos capaces de construir sobre esa memoria, sobre ese recuerdo, una teoría. Una teoría que nos diga, por ejemplo (y esto suena a música celestial, pero de esa música celestial os hablaré dentro de un momento), que somos cuerpo. No habría

creatividad, no existirían la 5ª sinfonía, la 9ª, *El Quijote*, si Beethoven y Cervantes no hubieran comido, si no hubieran respirado: somos fruto del aire. Por eso me horroriza vivir en Madrid, donde estoy hace ya muchos años, y donde estudié y fui niño. Yo estoy orgulloso, por ejemplo, de haber regalado mi coche, porque hay una verdadera polución. Y puede llegar un día en que un alcalde diga: “no hay aire”, o “no hay tierra, o no hay agua, o no hay fuego”, que son los cuatro elementos con los que se construye la vida, queridos amigos. Esa es la vida que nos alimenta, ese es nuestro cuerpo: aire, agua, tierra y fuego.

Y aquí empieza la “música celestial”. Hay varios elementos que no son ya de la φύσις, de la naturaleza (como el agua, el aire, la tierra y el fuego), sino de la cultura. Y esos elementos se llaman justicia, verdad, belleza, solidaridad, comunicación, lenguaje. Eso es lo que ha hecho el ser humano como creador de cultura, sobre la base de lo que realmente es: tierra, fuego, aire y agua. Ese es nuestro invento; pero a través de lo otro.

Nos encontramos, azarosamente, siendo seres humanos. A mí no me preguntaron nunca; yo estuve, aparecí en la luz. Y eso es también el pensamiento. En *La Ilíada* dice un guerrero, en pleno combate, en medio de una nube que ha cubierto a los guerreros de oscuridad: “Oh, Zeus, si tenemos que perder la vida, perdámosla, pero en la luz”. ¡Qué hermoso texto!, ¿no? Si tenemos que morir, muramos, pero con la luz del sol. ¿Por qué? Porque la conciencia de sí, eso que Hegel analizó tan maravillosamente, es luz. Nos despertamos a la luz, y de verdad que no es metáfora. El pensamiento es luz, es mirada, es iluminación. Pero estamos en un mundo donde esa conciencia de sí, esa iluminación, esa posibilidad de diálogo está atacada, limitada, paralizada, imposibilitada. Jamás han tenido los seres humanos más posibilidades de comunicación que hoy y, sin embargo, nunca hemos estado más silenciosos y más inermes. Por eso tiene que haber una rebelión del receptor; tenemos que rebelarnos receptivamente a esa inundación, a ese exceso, a esa casi patología de información que tenemos. Tengo un íntimo amigo, que fue catedrático de cirugía en la Universidad de Barcelona, de mi edad, jubilado pero muy activo todavía, que ahora, como ya no opera, escribe. Y ha elaborado un magnífico diccionario filosófico de la cirugía. Un día me llevó a su casa y me enseñó su ordenador, porque es un forofó de los ordenadores. Tenía que escribir un pequeño trabajo sobre el dolor desde el punto de vista quirúrgico, y me dijo: “mira, me he bajado todo esto de Internet”. Y tenía allí una montaña de *bajadas* sobre el dolor. Y yo le decía: “sí, Cristóbal, pero ¿qué vas a hacer con todo esto? ¿Quién lo selecciona?”. Tenemos un

ahogo, un exceso de información. Y yo creo que, precisamente por eso, lo que necesitamos son ideas. Un par de ideas chiquititas, cordiales, humanas, próximas, claras... Eso es lo que necesitamos: un par de ideas, orientaciones metódicas. Metodología, esa palabra tan pomposa que utilizan los científicos. Para los griegos era μετα οδος, estar en medio del camino. Ese el método verdadero. Dispuesto -o expuesto- a desorientarse, a equivocarse, a desviarse, pero en medio del camino. El exceso de información paraliza al periodismo, por supuesto, y a la literatura también.

Otra de las enfermedades de nuestro tiempo es la de los reflejos condicionados. Creo que aún no se ha estudiado suficientemente. ¿Os acordáis de aquel descubrimiento genial de Pavlov? El timbre, el perrito, etc. Hay un momento en que no aparece a los ojos del perrito la comida, pero al oír el timbre el perro segrega jugo gástrico. Los reflejos condicionados son la muerte de la educación, la muerte de la enseñanza. Por eso aquel maravilloso profesor, don Francisco, que nos hacía leer *El Quijote* y pedía sugerencias de la lectura, estaba atacando nuestros reflejos condicionados. No nos estaba diciendo qué eran las cosas -y no digamos si nos enseñan cosas irracionales-. Siempre ha existido esa necesidad de apoderarse de la educación desde la tierna infancia: παιδεια, educación, es “lo que tiene que ver con el niño”. Y si tú a un niño lo machacas de reflejos condicionados, le dices qué son la verdad, el bien, el mal, etc., de una determinada manera, hay un momento en que, con 25 años, reacciona de esa determinada manera, porque se le ha agrumado la cabeza y ya no es libre. Tiene corrupta la cabeza, tiene corrupta la inteligencia, tiene corrupta la posibilidad, tiene corrupta la libertad.

Esto tiene su exageración en el fanatismo. ¿Os acordáis de dónde viene la palabra fanatismo? *Fanum* significaba templo en latín, y *fanari* eran los locos sacerdotes del templo que no tenían razones para decir tal o cual cosa sobre sus respectivos dioses y que las imponían a gritos y, en algún momento, a miedo, a violencia. Y, entre paréntesis, como no está en los circuitos de los *Babelias* y los *Culturales*, etc., yo os invito a que leáis el libro de una amiga mía, maravillosa catedrática de un Instituto de Cuenca, que se llama Adelina Sarrión: *Médicos e inquisición en el siglo XVII*. No se ha hecho todavía una reseña -ni se hará, seguramente-, pero a mi juicio es uno de los libros más importantes sobre esa materia (y eso que yo he leído mucho de erasmismo, inquisición, etc., porque me interesa mucho). El libro de Adelina Sarrión es una joya. ¿Y por qué? Porque descubres cómo con la presión y con el miedo que se te introduce

en la mente, ya no puedes pensar, ya no eres nadie. Y eso era una forma de fanatismo, una forma de aniquilación de la libertad, una forma de muerte aún más terrible (aunque no te mataran): la muerte de la inteligencia, la muerte -repito una vez más- de la posibilidad.

Por eso, el texto de Aristóteles de la *Ética Nicomaquea*. No “a Nicómaco”, como dicen los profesores de filosofía. En aquellos años no se dedicaban libros. Ni siquiera se escribían libros: era difícil incluso escribir materialmente. Los tratados de ética y metafísica de Aristóteles, por ejemplo: ¿os imagináis a Aristóteles diciendo “voy a escribir un tratado”? Lo que se escribía eran *πραγματεια*, es decir, pragmáticas, recordatorios para hablar con sus alumnos. Pero no escribían tratados, qué cosa más absurda. Y están en muchos manuales: los tratados de metafísica, o de ética, o de política de Aristóteles. ¡Pero si no sabían ni lo que escribían! El genial creador de la ética no utiliza esa palabra en sus tres *Éticas*: la *Magna moralia*, la *Ética Eudemia* y la *Ética Nicomaquea*. Sólo una vez, o dos, dice *εντοις ηθικοις* en esos rollos o manuscritos que tratan de las costumbres. Y eso da una viveza al pensamiento; porque, en el momento en que le pones a Aristóteles un tratado, le pones una mitra, y ya lo has cuadrículado, lo has *escolastificado*. Tenemos que liberarnos, tenemos que desamordazar –como dice el poeta- el lenguaje para que fluya efectivamente. Y eso implica una puesta en libertad, esa libertad de expresión que es una libertad de pensamiento.

No puedo por menos de aludir a uno de los términos fundamentales de *El Quijote*. Yo no soy cervantista ni *cervantólogo*, y *cervantoide* mucho menos, pero he leído veinticinco o treinta veces *El Quijote* y cada vez encuentro cosas nuevas. Y un día descubrí esto: cuando Sancho viene de la ínsula Barataria, ha salido decepcionado, le han tomado el pelo los duques a don Quijote (qué aburrimiento, qué estupidez, ¿verdad?, ¡qué aristócratas!); entonces, Sancho, que ha mostrado muchísima más inteligencia y humanidad que el duque y la duquesa, se va y encuentra a unos peregrinos extraños por el camino, y oye decir *geld, geld* (“dinero” en alemán, están pidiendo limosna). Allí, en plena Castilla, en plena La Mancha. Se paran y Sancho dice que no tiene dinero, pero que les puede dar un poco de queso y un poco de pan. Y, de pronto, reconoce a uno de los peregrinos, que era Ricote, el morisco (cuento la anécdota porque me parece que es importante para nuestra manera de leer y de interpretar) que había tenido que irse de su pueblo, que había dejado a su mujer y a su niña en Argelia y que se

había ido por ahí fuera. Y describe -es un pasaje precioso- su emigración: llegué a Francia, después a Italia y a Alemania, y allí encontré libertad (es textual) porque todo el mundo vive como quiere y reina libertad de conciencia: *gewissen freiheit*, un término erasmista, luterano puro. Yo no soy cervantista, pero me gustaría saber dónde pescó Cervantes eso de la “libertad de conciencia”. Pues nuestros modernos editores de *El Quijote*, jóvenes a lo mejor pelilargos, anotan: “libertad de conciencia: libertinaje”. Yo que, como digo, no soy cervantista ni *cervantólogo* me pregunto: ¿cómo piensan estos jóvenes catedráticos de universidad, que editan a Cervantes con motivo del 2005, que Ricote se fue a Alemania por libertinaje? ¡Si sólo hace falta un poquito de sentido común! Porque allí reinaba ya el protestantismo: libertad de mente. Bueno, pues la mayoría -no voy a decir los nombres por no acusar- hablan de “libertinaje”. ¡Hay que ser insensible para el texto! Y lo dicen cervantistas de mucho peso... Ricote le está contando, a Sancho, su viejo paisano, con lágrimas en los ojos, sus hazañas, sus desventuras, sus emigraciones, sus éxodos, sus exilios, y dice que allí en Alemania encontró libertad de conciencia. Y el joven anotador pelilargo anota libertinaje... Aquí hay que decir un taco alemán. Y ésa es la ausencia de libertad, la ausencia de pensamiento.

Permitidme que acabemos con un texto hermoso. Entre paréntesis, Nietzsche - como saben ustedes- no era muy nietzschiano. Nietzsche era un filólogo clásico maravilloso, aparte de uno de los genios de la filosofía y de la literatura. ¡La prosa nietzschiana! En alemán, si pones la mano en una página de Nietzsche, te arde. Es un alemán hermosísimo, porque él tenía esa formación extraordinaria de filólogo clásico. Con 19 ó 20 años escribe en latín *De fontibus Diogenis Laertii* (*Sobre las fuentes de Diógenes Laercio*), un artículo larguísimo en dos números del *Rheinisches Museum*, la gran revista de filología clásica. Esa formación clásica es la que hace de Nietzsche un genial escritor. Y no tengo más remedio que acabar, metiéndome con el concepto de identidad, y contra la idea de esa pseudoidentidad, con un texto de *El banquete* de Platón que Nietzsche conocía muy bien. Y, en honor a las lenguas clásicas, permitidme que os lo lea rápidamente. Es hermosísimo y no me negaréis que se puede dialogar con estos textos. Dice Diótima, esa mujer misteriosa y genial que aparece en *El banquete* platónico, la extranjera de Mantinea (lo cuenta Sócrates):

“La naturaleza mortal busca en lo posible existir siempre y ser inmortal. Y solamente puede conseguirlo con la procreación, porque siempre deja un ser

nuevo en el lugar del viejo, pues ni siquiera durante ese período en que parece que vive el ser humano cada uno de los vivientes es idéntico a sí mismo. Así, por ejemplo, un individuo, desde su niñez hasta que se hace viejo, se dice que es el mismo pero no lo es. En realidad no lo es porque nunca tiene en sí mismo las mismas cosas, sino que constantemente se está renovando y destruyendo, en sus cabellos, en su carne, en sus huesos, en su sangre y en todo su cuerpo. Y no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, cuyas particularidades, hábitos, opiniones, deseos, gozos, penas, temores, todas y cada una de estas cosas, jamás son las mismas.”

Lo único que nos hace lo mismo es nuestro lenguaje, lo que hemos sido; pero como seres individuales, aunque estemos perteneciendo a una identidad colectiva, a una identidad social. Porque somos, efectivamente, historias ambiguas, mezclas de alegría y de tristeza, de positividad y negatividad, de opiniones e ideas, de deseos y pasiones, de placeres y dolores. ¿Recordáis el texto maravilloso del libro primero de *Las leyes* de Platón, que casi nadie lee porque son muy pesadas, y que dice “somos marionetas en manos de los dioses”? Los dioses nos mueven con dos hilos: el hilo del placer y el hilo del dolor, que son lo que realmente constituye el cuerpo, la esencia. Todo el mundo, todos los seres humanos huyen del dolor y buscan de alguna manera el placer.

Éste es el inicio de una crítica al concepto de *identidad* y al concepto de *lenguaje*, aunque me he quedado en el segundo punto suspensivo, espero que no suspenso, de mi conferencia. Muchas gracias.